



*Siempre
hemos vivido
en el castillo*

SHIRLEY JACKSON

Posfacio de Joyce Carol Oates

Traducción de Paula Kuffer

Cuatro miembros de la familia Blackwood han muerto a causa de una comida envenenada. Durante seis años los sobrevivientes han vivido «en el castillo», acosados por el odio y el miedo de los aldeanos.

«Esta terrible y hermosa novela, de una de las más notables escritoras norteamericanas, consigue el irónico milagro de convencer al lector de que una casa habitada por un lunático, un envenenador y un piromaníaco es un mundo más rico en simpatía, amor y sutileza que el mundo real exterior». (Time).

Para Pascal Covici

1

Me llamo Mary Katherine Blackwood. Tengo dieciocho años y vivo con mi hermana Constance. A menudo pienso que con un poco de suerte podría haber sido una mujer lobo, porque mis dedos medio y anular son igual de largos, pero he tenido que contentarme con lo que soy. No me gusta lavarme, ni los perros, ni el ruido. Me gusta mi hermana Constance, y Ricardo Plantagenet, y la *Amanita phalloides*, la oronja mortal. El resto de mi familia ha muerto.

La última vez que eché un vistazo a los libros de la biblioteca que estaban en el estante de la cocina me di cuenta de que debería haberlos devuelto cinco meses atrás, y me pregunté si no habría escogido otros de haber sabido que esos serían los últimos, los que iban a quedarse para siempre en el estante de nuestra cocina. Nosotros casi nunca cambiábamos las cosas de sitio: los Blackwood nunca fuimos una familia muy dada a la agitación y al movimiento. Nos relacionábamos con pequeños objetos transitorios, los libros y las flores y las cucharas, pero en los cimientos siempre contamos con una sólida base de posesiones estables. Cada cosa tenía su lugar. Barríamos debajo de las mesas y las sillas y las camas y sacábamos el polvo de los cuadros y las alfombras y las lámparas, pero lo dejábamos todo donde estaba; los objetos de tocador de carey de mi madre nunca se movieron más de unos pocos milímetros. Los Blackwood siempre vivimos en esta casa, y lo manteníamos todo ordenado; en cuanto se sumaba una nueva esposa a la

familia, se le encontraba un lugar para sus pertenencias, y de este modo nuestra casa fue acumulando varias capas de propiedades, que pesaban sobre ella y la afianzaban frente al mundo.

Fue un viernes de finales de abril cuando traje a casa los libros de la biblioteca. Los viernes y los martes eran días horribles, porque iba al pueblo. Alguien tenía que ir a la biblioteca y al colmado; Constance nunca se alejaba más allá de su jardín, y el tío Julian no podía ir. Así que no era el orgullo lo que me llevaba al pueblo dos veces por semana, ni siquiera la tozudez, sino simplemente la necesidad de libros y comida. Quizá fuera el orgullo lo que me conducía al café de Stella antes de regresar a casa; me decía a mí misma que era por orgullo y que no iba a dejar de ir al café de Stella por más ganas que tuviera de estar en casa, porque también sabía que si Stella me veía pasar por allí y no entraba, pensaría que tenía miedo, y esa idea sí que no podía soportarla.

—Buenos días, Mary Katherine —me decía siempre Stella, acercándose para pasarle un trapo húmedo a la barra—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias.

—Y Constance Blackwood, ¿cómo está?

—Muy bien, gracias.

—Y él, ¿cómo está?

—Bien, dentro de lo que cabe. Un café solo, por favor.

Si entraba alguien más y se sentaba a la barra, yo dejaba mi café sin aparentar prisas y me marchaba, saludando a Stella con un gesto. «Que vaya bien», me decía automáticamente cuando me iba.

Escogía los libros de la biblioteca a conciencia. En nuestra casa había libros, por supuesto; los libros ocupaban dos paredes del despacho de nuestro padre, pero a mí me gustaban los cuentos de hadas y los libros de historia, y a Constance le gustaban los de cocina. El tío Julián nunca tocaba un libro, pero por la tarde, cuando trabajaba en sus

papeles, le gustaba mirar a Constance mientras leía, y a ratos volvía la cabeza para observarla y asentía.

—¿Qué lees, querida? Qué bonita imagen, la de una mujer con un libro.

—Estoy leyendo *El arte de cocinar*, tío Julián.

—Excelente.

Estar en silencio con el tío Julián en la habitación era difícil, pero no recuerdo que ni Constance ni yo abriéramos ninguno de los libros de la biblioteca que todavía siguen en el estante de la cocina. Hacía una bonita mañana de abril cuando salí de la biblioteca; el sol brillaba y las falsas promesas de gloria que la primavera prodigaba aquí y allá desentonaban con la suciedad del pueblo. Recuerdo que me detuve en las escaleras de la biblioteca con los libros en la mano y me quedé mirando un momento el verde apenas insinuado en las ramas con el cielo de fondo y deseé, como siempre, ser capaz de volver a casa volando en vez de por el pueblo. Desde las escaleras de la biblioteca podía cruzar la calle directamente y caminar por la otra acera hasta el colmado, pero eso significaba pasar por delante de la tienda y de los hombres que estaban sentados a la puerta. En este pueblo los hombres se mantenían jóvenes y se dedicaban al chismorreó, mientras que las mujeres envejecían con un maligno cansancio gris esperando en silencio a que los hombres se levantasen y regresaran a casa. También podía dejar atrás la biblioteca y caminar hacia arriba por la misma acera hasta llegar frente al colmado para luego cruzar; era preferible, aunque tuviera que pasar por delante de Correos y de la casa Rochester, con las pilas de hojalata oxidada y los coches destartados y los bidones de gasolina vacíos y los colchones viejos y los tubos y las bañeras que la familia Harler se llevaba a casa y por los que, estoy convencida, sentía una verdadera pasión.

La casa Rochester era la más bonita del pueblo y en otro tiempo había tenido una biblioteca de nogal y una sala de baile en el segundo piso y un raudal de rosas en el por-

che; nuestra madre había nacido allí y, en justicia, aquello debería haber pertenecido a Constance. Decidí, como siempre, que era más seguro pasar por delante de Correos y de la casa Rochester, a pesar de que no me gustaba ver la casa donde había nacido nuestra madre. Por la mañana, ese lado de la calle solía estar desierto porque daba la sombra y, en cualquier caso, después de ir al colmado iba a tener que pasar por delante de la tienda para llegar a casa, y pasar por allí a la ida y a la vuelta era demasiado para mí.

En las afueras del pueblo, en Hill Road, River Road y Old Mountain, familias como los Clarke y los Carrington se habían construido casas preciosas. Tenían que cruzar el pueblo para ir hasta Hill Road y River Road, porque la carretera principal del pueblo también era la carretera del estado, pero los hijos de los Clarke y de los Carrington iban a colegios privados, y toda la comida que llegaba a las cocinas de Hill Road procedía de otras localidades y de la ciudad; pasaban con el coche a recoger el correo por la oficina del pueblo, conduciendo por River Road hasta Old Mountain, pero los de Mountain enviaban sus cartas desde las localidades cercanas y los de River Road se cortaban el pelo en la ciudad.

Siempre me sorprendió que la gente del pueblo, que vivía en pequeñas casas sucias en la carretera principal o en las afueras, en Creek Road, sonriera y asintiera y saludara a los Clarke y a los Carrington cuando pasaban en coche por allí; si Helen Clarke entraba en el colmado de Elbert para comprar una lata de tomate o medio kilo de café que había olvidado su cocinera, todo el mundo le decía «buenos días» y comentaba que el tiempo había mejorado. La casa de los Clarke es más nueva pero no más refinada que la de los Blackwood. Nuestro padre trajo a casa el primer piano del pueblo. Los Carrington son los dueños de la fábrica de papel pero los Blackwood tienen todas las tierras entre la carretera y el río. Los Shepherd de Old Mountain hicieron construir el ayuntamiento, que es blanco y puntiagudo y

tiene césped y un cañón en la entrada. En algún momento se habló de introducir leyes urbanísticas en el pueblo, derribar las chabolas de Creek Road y reconstruirlo todo para que estuviera en armonía con el ayuntamiento, pero al final nadie movió un dedo; quizá pensaron que si lo hacían los Blackwood asistirían a las reuniones. La gente del pueblo conseguía las licencias de caza y pesca en el ayuntamiento, y una vez al año los Clarke y los Carrington y los Shepherd asistían a la reunión municipal y votaban solemnemente para que los Harler limpiaran el patio de chatarra de Main Street y sacaran los bancos de delante de la tienda, y cada año la gente del pueblo rechazaba sus propuestas con regocijo. Más allá del ayuntamiento, a la izquierda, está Blackwood Road, que conduce a nuestra casa. La Blackwood Road rodea las tierras de los Blackwood y a lo largo de toda la Blackwood Road hay una alambrada que colocó nuestro padre. Poco después de pasar el ayuntamiento, una gran roca negra indica la entrada al sendero donde está la puerta que abro y cierro con llave tras de mí; luego cruzo el bosque y ya estoy en casa.

La gente del pueblo siempre nos ha odiado.

Cuando iba a la compra hacía un juego. Era como uno de esos juegos infantiles de tablero en que el jugador se desplaza por las casillas de acuerdo con lo que marcan los dados; siempre había peligros, como «pierdes un turno» o «retrocede cuatro casillas» o «regresa al principio», y pequeñas ayudas, como «avanza tres casillas» o «vuelve a tirar». La biblioteca marcaba la salida y la roca negra era el objetivo. Tenía que bajar por una acera de Main Street, cruzar, y luego subir por el otro lado hasta llegar a la roca negra, y entonces habría ganado. Ese día empecé bien, con un movimiento seguro por la acera vacía de Main Street, podía acabar siendo uno de los días afortunados; eso sucedía a veces, pero no muy a menudo las mañanas de prima-

vera. Si resultaba ser un día afortunado, daría una joya como ofrenda en señal de gratitud.

Al principio caminé deprisa, inspirando hondo para seguir adelante sin mirar alrededor; tenía que cargar con los libros de la biblioteca y la bolsa de la compra y me miraba los pies avanzando, primero uno y luego el otro; dos pies dentro de los viejos zapatos marrones de nuestra madre. Me dio la sensación de que alguien me observaba desde el interior de la oficina de Correos; nosotros no aceptábamos correspondencia, y no teníamos teléfono, las dos cosas se nos habían hecho insostenibles seis años atrás, pero era capaz de soportar un vistazo rápido procedente de la oficina: era la anciana Miss Dutton, que nunca miraba abiertamente como los demás, sino a través de las persianas o desde detrás de las cortinas. Yo nunca miraba la casa Rochester. No podía soportar la idea de que nuestra madre hubiera nacido allí. A veces me preguntaba si los Harler sabían que vivían en una casa que debería haber pertenecido a Constance; en su patio siempre había tal estruendo de hojalata que no me oían pasar. Quizá los Harler pensaban que el ruido infinito ahuyentaba a los demonios, o quizá creían que tenían dotes musicales y les parecía agradable; quizá los Harler vivían de puertas adentro del mismo modo que lo hacían de puertas afuera, sentados sobre bañeras viejas y cenando con platos rotos sobre el armazón de un Ford viejo, hablando a gritos entre el repiqueteo de las latas. Siempre había un cerco de mugre en la acera donde vivían los Harler.

Después había que cruzar la calle (pierdes un turno) para llegar hasta el colmado, que estaba justo enfrente. Yo siempre me quedaba dudando, vulnerable y desprotegida, a un lado de la calle mientras pasaba el tráfico. La mayoría del tráfico de Main Street, coches y camiones, atravesaba el pueblo porque así lo hacía la carretera, de modo que los conductores prácticamente no se fijaban en mí; era capaz de reconocer un coche del lugar por la mirada del conduc-

tor, y siempre me preguntaba qué ocurriría si bajaba del bordillo: ¿daría un volantazo, rápido y casi involuntario, hacia mí? ¿Solo para asustarme, quizá solo para verme dar un salto? Y luego las risas procedentes de todas partes, de detrás de las persianas de la oficina de Correos, de los hombres sentados a la puerta de la tienda, de las mujeres asomándose a la entrada del colmado, todos mirándome y regodeándose al ver como Mary Katherine Blackwood esquivaba un coche. A veces perdía uno o incluso dos turnos porque antes de cruzar esperaba pacientemente a que la carretera se vaciara en ambos sentidos.

En mitad de la calle abandoné la sombra y salí a la luz, al engañoso sol de abril; en julio, el pavimento de la carretera estaría reblandecido por el calor y los pies se me pegarían, y eso haría más peligroso cruzar (Mary Katherine Blackwood, con los pies clavados en el asfalto, muerta de vergüenza mientras un coche le pasa por encima: retrocede todo el camino y vuelve a empezar), y los edificios se verían aún más feos. El pueblo era todo igual, de la misma época y el mismo estilo; era como si la gente necesitara la fealdad del pueblo y la alimentara. Parecía que hubieran construido las casas y las tiendas con desdeñosa precipitación para dar refugio a lo insulso y a lo desagradable, y era como si la casa de los Rochester y la casa de los Blackwood e incluso el ayuntamiento hubieran acabado allí casi por casualidad, provenientes de un país encantador y remoto donde la gente vivía con elegancia. Quizá esas casas selectas habían sido capturadas —¿quizá como castigo a los Rochester y a los Blackwood y a sus corazones secretamente malvados?— y las tenían prisioneras en el pueblo; quizá su lenta putrefacción era un símbolo de la fealdad de los habitantes del pueblo. La hilera de tiendas que había a lo largo de Main Street era de un gris homogéneo. Los propietarios de las tiendas vivían en el piso de arriba, en apartamentos de dos plantas con una línea recta de cortinas en las ventanas, pálida y carente de vida; cualquier cosa que tuviera color, en el

pueblo, perdía rápidamente su esencia. Los Blackwood nunca tuvieron nada que ver con la degradación del pueblo; la gente del pueblo pertenecía a allí y ese era el único lugar apropiado para ella.

Siempre pensaba en la putrefacción al acercarme a la hilerera de tiendas; pensaba en quemar la podredumbre negra y dolorosa que lo corrompía todo desde dentro y tanto daño hacía. Eso era lo que deseaba para el pueblo.

Cuando iba al colmado llevaba una lista de la compra; Constance me la hacía cada martes y cada viernes antes de salir. A la gente del pueblo no le gustaba que siempre tuviéramos dinero para comprar cualquier cosa que nos apeteciera; lo habíamos sacado del banco, por supuesto, pero yo sabía que hablaban del dinero que estaba escondido en nuestra casa como si se tratara de montones de monedas de oro y Constance y el tío Julián y yo nos sentáramos por las tardes, dejando a un lado los libros de la biblioteca, y jugáramos con ellas, toqueteándolas y contándolas y haciendo pilas y tirándolas, mofándonos de ellos tras las puertas cerradas con llave. Me imagino que el pueblo estaba lleno de corazones podridos que codiciaban nuestras pilas de monedas de oro, pero eran cobardes y temían a los Blackwood. Al sacar la lista de la compra de la bolsa también cogía el monedero, para que Elbert supiera que llevaba dinero y no pudiera negarse a venderme nada.

No importaba quién hubiera en el colmado; siempre me atendían al instante; Mr. Elbert o esa arpía pálida que tenía por mujer siempre se dirigían hacia mí desde cualquier rincón de la tienda donde estuvieran para preguntarme qué quería. A veces, si su hijo mayor estaba ayudándolos porque tenía vacaciones en el colegio, se apresuraban para asegurarse de que no fuera él quien me atendiera, y en una ocasión en que una muchacha —que no era del pueblo, por supuesto— se acercó a mí, Mrs. Elbert la apartó con tan malas maneras que la chica comenzó a gritar y se hizo un largo silencio mientras todo el mundo esperaba a que

Mrs. Elbert respirara hondo y preguntase: «¿Algo más?». Yo me mantenía erguida y distante cuando los niños se acercaban a mí, porque les tenía miedo. Tenía miedo de que me tocaran y de que sus madres se abalanzaran sobre mí como una bandada de halcones; esa era la imagen que dibujaba en mi mente: aves que descendían, me atacaban y me herían con sus garras afiladas. Ese día Constance me había mandado comprar muchas cosas, y fue un alivio ver que no había niños ni demasiadas mujeres en la tienda; turno extra, pensé, y le di los buenos días a Mr. Elbert.

Él asintió; no podía negarme el saludo, y menos con toda la tienda llena de mujeres mirándolo. Les di la espalda, pero seguía sintiendo su presencia detrás de mí mientras sostenían una lata o una bolsa medio llena de galletas o una lechuga, sin ninguna intención de moverse hasta que yo saliera por la puerta para reanudar su cháchara y deslizarse de nuevo a sus propias vidas. Mrs. Donell estaba en algún lugar allí detrás; la había visto al entrar y me pregunté, como en otras ocasiones, si iba a propósito cuando estaba yo, porque siempre intentaba decir algo; era una de las pocas que me dirigían la palabra.

—Un pollo para asar —le dije a Mr. Elbert, y en el otro lado de la tienda la arpía de su mujer abrió la nevera, sacó un pollo de un cajón y lo envolvió—. Una pierna de cordero pequeña —continué—, a mi tío Julián siempre le apetece comer cordero cuando llega la primavera. —No debería haberlo dicho, lo sabía, y una pequeña exclamación atravesó la tienda como un grito. Podría hacer que se pusieran a correr como conejos, pensé, si realmente dijera lo que tenía ganas de decirles, pero con eso solo conseguiría que salieran y me esperaran fuera—. Cebollas —le dije educadamente a Mr. Elbert—, café, pan, harina. Nueces —añadí—, y azúcar, nos queda muy poco azúcar. —Desde algún lugar a mis espaldas se oyó una risita horrorizada y Mr. Elbert lanzó una breve mirada por encima de mí, luego volvió a los artículos que estaba preparando sobre el mostrador.

Mrs. Elbert no tardaría en traer envueltos el pollo y la carne y ponerlos junto a las otras cosas; no tenía que girarme hasta el momento de irme.

—Dos litros de leche —dije—. Doscientos cincuenta gramos de nata, medio kilo de mantequilla. —Hacía seis años que los Harris habían dejado de traernos a casa los productos lácteos y ahora compraba la leche y la mantequilla en el colmado—. Y una docena de huevos. —Constance se había olvidado de anotar los huevos en la lista, pero en casa solo quedaban dos—. Una bolsa de cacahuetes caramelizados —dije; el tío Julián se iba a pasar la noche haciéndolos crujir y comiéndoselos ruidosamente sobre sus papeles y se iría a dormir pegajoso.

«A los Blackwood siempre les ha gustado comer bien». Esa era Mrs. Donell, que hablaba abiertamente desde algún lugar detrás de mí, y alguien soltó una risita mientras otro decía «chsss». Yo nunca me volvía; ya tenía bastante con saber que estaban a mis espaldas como para encima mirar sus insípidas caras grises y sus ojos llenos de odio. Desearía que estuvierais todos muertos, pensé, y me sentí tentada de decirlo en voz alta. «Nunca dejes que vean que te afecta —me decía Constance y añadía—: Si les haces caso, será peor». Y probablemente tenía razón pero yo deseé que estuvieran muertos. Me habría gustado llegar al colmado una mañana y verlos a todos, incluso a los Elbert y a los niños, agonizando en el suelo entre gritos de dolor. Entonces yo misma me serviría los productos, pensé, esquivando los cuerpos, agarraría de los estantes todo lo que me apeteciera y me iría a casa, y quizá aprovecharía que tenía a Mrs. Donell allí tumbada para darle una patada. Nunca me sentía culpable de esos pensamientos; solo deseaba que se hicieran realidad. «No está bien que los odies —me decía Constance—, eso únicamente te perjudica a ti», pero yo los odiaba de todos modos, y me preguntaba si su existencia tenía algún sentido.

Mr. Elbert puso todos los artículos sobre el mostrador y esperó, ignorándome con la mirada perdida en el vacío. «Eso es todo», le dije, y él anotó sin mirarme los precios en un papelito, los sumó y luego me lo dio para que comprobara que no me había estafado. Yo siempre repasaba las cifras atentamente, a pesar de que él nunca se equivocaba; no tenía muchas oportunidades para vengarme de ellos, pero hacía lo que podía. Llevaba la bolsa de la compra llena y otra bolsa más, y no tenía más remedio que cargarlas hasta casa. Nadie se ofrecería a ayudarme, por supuesto, ni siquiera en caso de que yo lo permitiese.

Pierdes dos turnos. Con los libros de la biblioteca y la comida, a paso lento, ahora tenía que bajar por la acera que pasaba por delante de la tienda y el café de Stella. Me detuve en la puerta del colmado, escudriñando en mi interior en busca de algún pensamiento que pudiera hacerme sentir segura. A mis espaldas comenzaron los pequeños gestos y los carraspeos. Se disponían a retomar la conversación, y los Elbert se debían de estar dirigiendo miradas de alivio desde todos los rincones de la tienda. Mi rostro se endureció. Me puse a pensar en servir la comida en el jardín, y manteniendo los ojos abiertos justo lo suficiente para ver por dónde caminaba —con los zapatos marrones de mi madre yendo arriba y abajo—, me imaginé la mesa con un mantel verde y platos amarillos y fresas en un cuenco blanco. Platos amarillos, pensé, sintiendo sobre mí la mirada de los hombres al pasar, y para el tío Julián un huevo pasado por agua con una tostada, y tengo que acordarme de pedirle a Constance que le ponga un chal sobre los hombros porque la primavera apenas acaba de empezar. No necesitaba mirar para ver las muecas y los ademanes; deseé que todos estuvieran muertos y caminar sobre sus cuerpos. Pocas veces se dirigían directamente a mí, solo hablaban entre ellos. «Ahí va una de las Blackwood —dijo uno en tono burlón—, una de las chicas de la finca de los Blackwood». «Pobres Blackwood —añadió alguien, lo bastante alto para

que se oyera—, pobres chicas». «Una bonita finca —comentaban—, una buena tierra para cultivar. Te podrías hacer rico con la tierra de los Blackwood. Incluso un anciano de mil años con tres bocas que no se ocupara lo más mínimo de trabajarla, se haría rico. Tienen las tierras cerradas a cal y canto, estos Blackwood, sí señor». «Te podrías hacer rico». «Pobres chicas». «A saber todo lo que daría la tierra de los Blackwood».

Estoy caminando sobre sus cuerpos, pensé, estamos comiendo en el jardín y el tío Julian lleva puesto el chal. Siempre sostenía con fuerza la comida cuando pasaba por allí, porque una mañana espantosa se me cayó la bolsa de la compra, se rompieron los huevos y se derramó la leche y yo me puse a recogerlo todo, y ellos me gritaban y yo me decía a mí misma que podía hacer cualquier cosa salvo salir corriendo mientras amontonaba las latas y las cajas, recogía el azúcar desparramado y lo metía en la bolsa sin dejarme de repetir que no podía salir corriendo.

Enfrente del café de Stella había una grieta en la acera que parecía un dedo acusador. La grieta había estado allí desde siempre. Otros puntos de referencia, como la huella de la mano que Johnny Harris dejó estampada en los cimientos del ayuntamiento y las iniciales del chico de los Mueller en el porche de la biblioteca, procedían de una época que yo sí recordaba; estaba en tercero cuando se construyó el ayuntamiento. Pero la grieta de la acera de enfrente del café de Stella siempre había estado allí, del mismo modo que el café de Stella siempre había estado allí. Recuerdo que patinaba cerca de la grieta, y que iba con cuidado de no pisarla porque si no nuestra madre se rompería la espalda, y que pasaba en bicicleta con el cabello al viento; por aquel entonces la gente del pueblo todavía no nos detestaba abiertamente aunque nuestro padre decía que era escoria. Mi madre me contó una vez que la grieta ya estaba allí cuando ella vivía en la casa Rochester, así que también debía de estar allí cuando se casó con nuestro pa-